

astola

ikerketa eta historia

DURANGALDEKO URTEKARIA

9.zk 2015 • 5e



PLATERO Y TU
CORREOS

ZALDIBAR, LA CASA DEL

TORRE, PALACIO Y CASA DE LOS ZALDIBAR

 Dolores del Monte y Alberto Santana

 Txelu Angoitia



HOMBRE MALO





Torre Zaldibar en la primera mitad del S. XX. Foto: Roisin

El nombre de este pequeño trabajo sobre la casa de los Zaldibar, “La casa del hombre malo”, estaba ya cogido desde hace más de un siglo. Los derechos de autor de ese título tan rotundo pertenecen a un grupo anónimo de chicos de Bera, Vera del Bidasoa, que lo inventaron en 1912 para denominar al caserón de Itzea, al que se acababa de mudar Pío Baroja. Como confiesa con una mezcla de orgullo y asombro el escritor en “Juventud, egolatría”, resultó que el hombre malo era él, aunque sospechaba que el mote infantil no era del todo espontáneo y que detrás del calificativo debía de estar la mano de algún cura que le acusaba públicamente de “impío, cleróforo y deshonesto”.

Por el contrario, los argumentos para otorgar a la torre de los Zaldibar la triste distinción de ser “*La casa del hombre más malo de la Tierra de Durango*”, o incluso “*de toda Bizkaia*”, tienen más profundidad histórica y no proceden

de una fuente especialmente prejuiciada en contra de las creencias o comportamiento de sus moradores.

Se remontan al siglo XV, cuando esta casa era la sede del sanginario pariente mayor del bando oñacino Ferrando de Zaldibar, el Viejo. Ferrando vino a desangrarse entre los muros del oscuro torreón familiar en abril de 1468, después de que un arquero afortunado consiguiera encajarle un flechazo en la ingle, mientras hostigaba las murallas de Durango. Al morir, el patriarca de los Zaldibar se llevaba consigo al infierno un legado de destrucción y muertes sin parangón en aquella época sangrienta escarmentada en todo tipo de violencias.

Nos lo cuenta su amigo y aliado, el jefe oñacino encartado Lope García de Salazar, de quien adaptamos el siguiente obituario: “*Y así feneció Ferrando de Zaldibar, el cual inició todas estas guerras y fue el causante de todas las*



 Vista de Zaldibar con la torre a la derecha

cosas -agresiones y conflictos- y homicidios que hasta la fecha han ocurrido y de todas las demás que sucedieron después y las que ocurrirán de aquí en adelante en el Señorío de Bizkaia y en las Encartaciones, e incluso de Burgos hacia abajo. Y mandó muchas almas al otro mundo y después fue él en pos de ellas a dar cuenta de sus hechos ante el juicio de Dios". Estas palabras le señalan poco menos que como el principal causante de las matanzas de las Guerras de Bandos en Bizkaia.

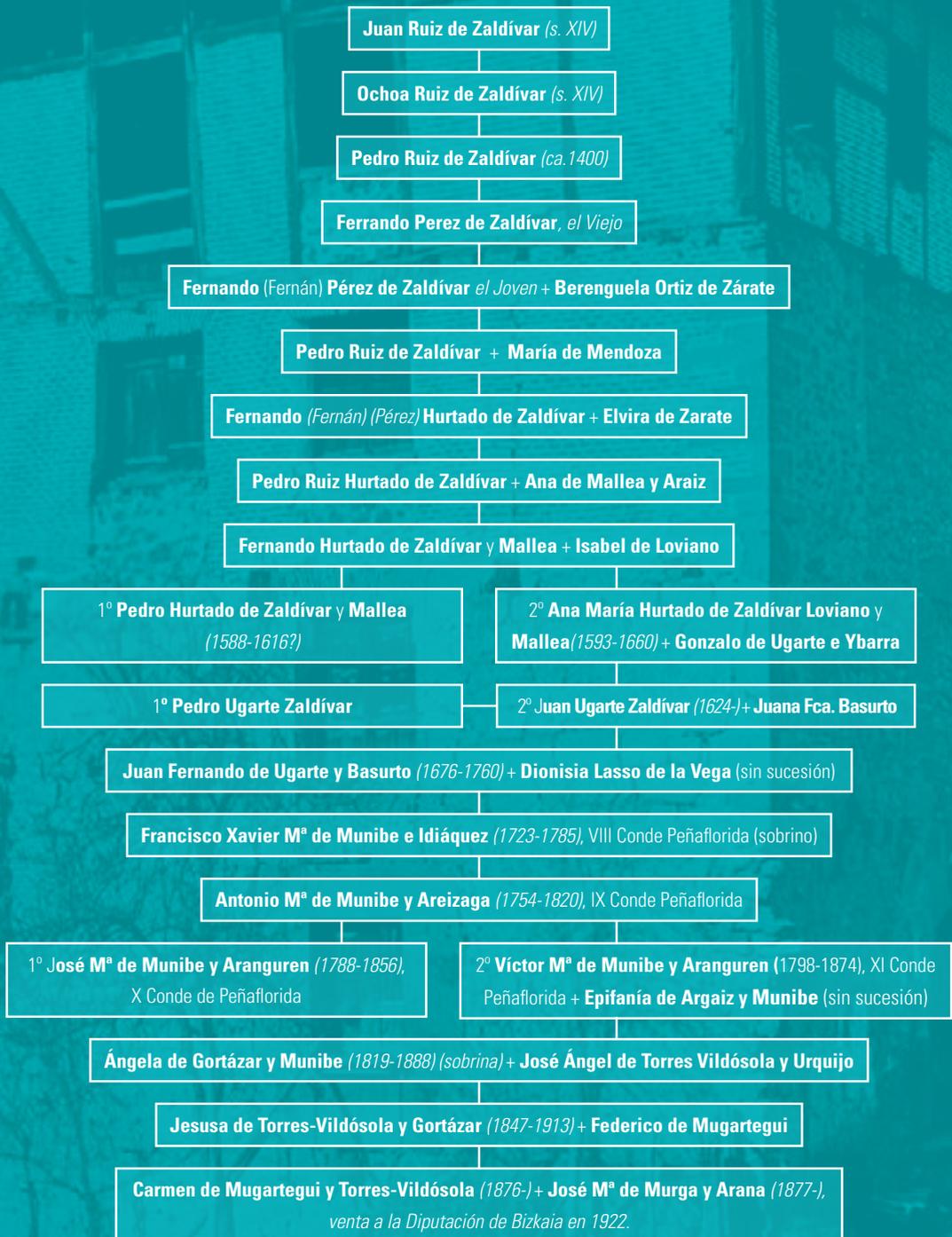
Parece una responsabilidad histórica enorme y, sin embargo, los Zaldibar son una familia de tapados de la historia vasca, que ha recibido muy poca atención crítica de los investigadores; tal vez porque las generaciones sucesivas fueron dulcificando su perfil, encadenando transformaciones graduales y consiguieron que el recuerdo de sus brutales orígenes quedase completamente diluido. Así, los Zaldibar

pasaron de ser uno más de los crueles señores de la guerra locales a convertirse en jefes militares al servicio de los reyes castellanos, para a continuación obtener cargos y prebendas de la administración del estado, y después enlazar mediante alianzas matrimoniales con la nobleza de título del país, y terminar finalmente viviendo como respetables rentistas a quienes se reverenciaba y colmaba de honores como auténticos padres de la patria.

Resulta interesante comprobar cómo cada una de las etapas de esta cadena de mutaciones sociales tuvo su reflejo inmediato en la arquitectura de la casa madre de los Zaldibar. Aunque hoy en día apenas quedan unas ruinas que expresan mal su antiguo esplendor, el análisis de estos viejos muros y nuevos hallazgos documentales nos permiten reconstruir de manera bastante plausible cómo se fue adaptando la casa de Zaldibar a la cambiante identidad social de sus propietarios desde el siglo XIV hasta el XXI.



EVOLUCIÓN DE LA PROPIEDAD DE LA TORRE-PALACIO DE ZALDIBAR





La casa del guerrero: al principio era la torre

No sabemos desde cuando ocupan los Zaldibar el solar situado en un recóndito valle en la frontera oriental de Bizkaia, en el pueblo del Duranguesado que hoy se llama como ellos mismos, después de haber sido conocido durante siglos como Zaldua. La leyenda de los orígenes familiares que ya circulaba a fines de la Edad Media, dice que vinieron del pequeño pueblo navarro de Eneriz, en el Valdizarbe, situando específicamente sus raíces en la casa Uretarena, que hoy se conoce como Casa Aldaz y que nada conserva que pueda remontarse a una época remota.

La invención de genealogías ficticias era frecuente en la Europa bajomedieval entre las familias que pretendían legitimar una posición de prestigio alcanzada por vías oscuras o a partir de un bajo estatus social. En el caso de los Zaldibar resulta mucho más útil tratar de identificar cuándo alcanzaron el triunfo que perder el tiempo indagando sus orígenes.

Se atribuye a Nietzsche la cita —probablemente apócrifa— de que el valor de una persona se mide por la calidad y cantidad de sus enemigos. Si este fuera el caso, habría que reconocer que los Zaldibar fueron un linaje de enorme valor, pues mantuvieron siempre una enemistad personal e irreconciliable nada menos que con los Avendaño, una de las sagas con mayor poder político, económico y militar de la región.

Fueron los hermanos Furtun y Martín de Avendaño quienes tendieron una emboscada al patriarca Ruy Sánchez de Zaldibar en 1360 y le asesinaron junto a diez de sus hombres, porque creían que les estaba disputando el mando de la tierra de Durango. Parecida suerte corrió su hijo Juan Ruiz de Zaldibar, que aceptó una invitación a cenar en la torre de los Iburguen de



Guerrero en la iglesia de Ondarroa



Torre de la Cuadra en Gueñes

Elorrio -socios y parientes locales de los Avendaño- y cuando se le ocurrió pedir “¡Sal, sal!” en voz alta, vio como salían cincuenta hombres escondidos en la habitación contigua que acabaron a cuchilladas con su vida y la de otros quince invitados. Con el humor negro propio de aquel tiempo, se dice que en Bizkaia se acuñó entonces el refrán que dice que cuando alguno pide sal se le apostilla “¡Sí, pero que no sea de la de Iburguen!” De este periodo de crímenes, venganzas recíprocas

y disputas por el poder entre vecinos debe de datar la necesidad de la familia Zaldibar de erigir una sólida casa fuerte para defenderse. A falta de restos visibles conservados y pendientes de que algún día se realice una investigación arqueológica que dilucide cual era el aspecto de esta fortaleza y de si existieron otras viviendas que ocuparon previamente este solar, podemos especular que los Zaldibar de mediados del siglo XIV edificaron una torre de tres plantas, con un



Batalla de Elorrio 1468. Ayuntamiento de Elorrio. Ilustración: Kaioa

acceso difícil a la planta baja y una sala noble en el piso más alto. Un modelo de pequeño castillo privado similar a la torre de La Quadra (Güeñes) desde el que alimentaron sus ambiciones de poder y diseñaron sus estrategias violentas para conseguirlo, disputándose a otros clanes familiares y a las ciudades vecinas de Durango y Elorrio.

Desde esta torre lanzó a sus escuderos Ferrando de Zaldibar, el Viejo, -a quien antes retratábamos como el hombre más malo de la región- a cometer un sinnúmero de asaltos, robos, asesinatos y tropelías, desencadenando el periodo más sangriento de la historia de la Tierra de Durango. El cronista Lope García de Salazar llamaba a todos aquellos sucesos “La Guerra de Durango” y no hay duda de que constituyen un capítulo específico de los conflictos de bandos en Euskal Herria. El episodio más cruento fue la batalla de Elorrio de 1468, un intento de asalto a la ciudad amurallada dirigido por los Zaldibar y en el que participaron miles de hombres por ambas facciones, incluyendo ciento cincuenta caballeros mercenarios castellanos con armadura pesada y alguna pieza de artillería. Los hombres de Ferrando fracasaron y se contaron más de doscientas sesenta víctimas entre los vástagos de las mejores familias del bando oñacino.

Unas semanas más tarde Ferrando volvió a reunir a sus muchachos y planeó tomarse la revancha contra sus enemigos atacando a Durango, que parecía más desprotegida. Pero todo salió mal. Fue allí, “a las puertas de la dicha villa de Durango, que estando Ferrando de Çaldívar escaramuzando, que fue ferido de una saeta por las verijas adebajo de las corazas, estando a caballo a la gineta, e murió al cabo de tres días en (la torre de) Çaldívar”.

No contentos con la muerte del patriarca, todavía los Avendaño quisieron apurar aún más su victoria y

organizaron una operación de castigo con ayuda de las tropas a sueldo del poderoso conde de Salinas, que terminaron por convertir una rencorosa disputa entre vecinos en un duelo entre las primeras espadas del reino. Los mercenarios del conde “fizieron mucho daño en tierra de Zaldívar, quemando e robando” y crearon tal sensación de pánico en la comarca que la viuda y los pequeños huérfanos del difunto Ferrando *el Viejo*, acompañados de sus parientes y servidores, se vieron forzados a dar fuego a la torre del linaje para que no cayera en manos de los enemigos y salieron huyendo para buscar refugio tras los muros de Ermua y Eibar, tratando de pasar inadvertidos entre la población local. Así sucumbió el viejo torreón medieval.



 Ballesteros vizcaíno

La casa del noble. Un palacio renaciente para los nuevos Zaldibar

De manera precaria, criados entre las ruinas quemadas de la casa torre, los huérfanos Fernando *el Joven* y Juan de Zaldibar, fueron recomponiendo la trama de clientes y apoyos de la familia, al tiempo que se hacían diestros en el mando de los hombres y el manejo de las armas. Rehuendo los desastrosos combates con sus vecinos más poderosos, pero sin renunciar a su identidad natural de hidalgos guerreros, parecían haber encontrado su sitio en la buena sociedad vasca poniendo sus espadas al servicio de los reyes de Castilla.

Del rey Enrique IV consiguieron que les pagara una renta anual de 5.900 maravedíes a cambio de aportar dos caballeros con lanza y cinco ballesteros de la familia para sus guerras. Y vestido con sus mejores ropas de caballero hijodalgo y con el orgullo de haber sido recién elegido teniente alcalde de la Tierra de Durango, Fernando de Zaldibar, *el Joven*, tuvo la oportunidad de saludar personalmente a la reina Isabel la Católica y conocer a la infanta Juana en el recibimiento que les organizaron las Juntas de Gemika en 1483.

Pero la prueba de fuego de esta generación de hidalgos provincianos llegó con la Guerra de Granada: el asalto final al último reino musulmán de la Península Ibérica, en el que probaron sus armas todos los guerreros del reino. Fernando *el Joven* se puso a las órdenes de Fernando el Católico por el compromiso de servicio militar que su familia había adquirido por carta vizcaína y su hermano Juan cabalgó a su lado hasta Andalucía como capitán de los ballesteros y soldados de a pie reclutados en la merindad de Durango. El viejo patriarca hubiera estado orgulloso al verlos partir enfundados en sus relucientes armaduras.

Pero el destino de todos los Zaldibar medievales parece haber sido encontrar una muerte temprana y violenta. Du-

rante dos siglos ninguno de los primogénitos falleció de modo natural. Fernando y Juan estaban entre las tropas cristianas que asaltaron la formidable alcazaba de Gibralfaro, en Málaga, en 1487. Y aunque la jornada terminó con una victoria rotunda del ejército castellano y con la masacre de los defensores nazaríes, ambos hermanos perdieron la vida en el combate. De nuevo la saga de los Zaldibar quedaba prematuramente descabezada.

No obstante, la familia supo rentabilizar de inmediato el sacrificio realizado. Con la sangre derramada de Fernando y Juan aún reciente, se apresuraron a pedir a los Reyes Católicos un cargo honorífico dotado de buenas rentas para premiar al nuevo heredero, el jovencísimo Pedro Ruiz de Zaldibar. El nombramiento real —sin duda sugerido por la familia— fue el de Preboste de la rica villa ferrera de Ermua, en 1489, y casi simultáneamente obtuvo el patronazgo de la iglesia parroquial de Santiago en la misma ciudad, dignidades que llevaban aparejado el cobro de sustanciosos impuestos civiles y religiosos con los que sangró a los artesanos armeros y a los mercaderes que negociaban con ellos en uno de los periodos



Alcazaba de Gibralfaro (Málaga)



 Tocado Medieval de Zaldibar. Cuadro pintado por Francisco Vázquez de Mendieta, 1476.

de más ganancias de la economía del hierro vasco. Así mismo, Pedro Ruiz consiguió consolidar en el patrimonio familiar el patronazgo de las iglesias de San Andrés de Zaldibar –donde estaba ubicado el panteón de enterramiento preeminente del clan- San Miguel de Iurreta y la Asunción de Mallabia con lo que controlaba a una tercera parte de la población de la Tierra de Durango.

El enriquecimiento de Pedro Ruiz aupado sobre la memoria de los buenos servicios prestados por su padre y su tío a los Reyes Católicos fue fulgurante, y en pocos años se manifestó de la manera en que solía hacerse más patente en aquella época: acordando un buen matrimonio y construyéndose una buena casa. Se casó con la noble doña María Hurtado de Mendoza y, ya en su tranquila madurez, a principios del siglo XVI, la pareja edificó uno de los pa-

lacios renacentistas más bellos de Bizkaia en sustitución de la ruinoso torre guerrera. Esta era la digna residencia de un noble rural con inspiraciones cortesanas.

Los restos monumentales que aún se conservan de la mansión de los Zaldibar pertenecen en su mayor parte al palacio renacentista de Pedro Ruiz y María. Se reaprovecharon algunos de los gruesos muros de la planta baja de la torre gótica y el conjunto se envolvió en una camisa de piedra bien cortada y ordenada, con una planta cuadrada y un alzado que ya en la época debía resultar bastante oscuro y hermético. En el nivel inferior el palacio tenía un amplio soportal cubierto que daba acceso a un zaguán de escaleras, así como a las caballerizas y la bodega trasera.

La planta noble albergaba espacios residenciales de no-

table calidad de diseño. La única pista que tenemos del buen gusto con el que fue ejecutada es una ventana de celosía calada en piedra arenisca dorada que ha sobrevivido milagrosamente. Es un trabajo de cantería de auténtico virtuosismo, con su fina composición en cuadrícula con simulación de rejería torneada y no hay que tener ningún remilgo en decir que esta pequeña joya es la mejor pieza en su género de la arquitectura manierista vizcaína.

Paradójicamente, en esta planta primera de fachada tan cuidada, a espaldas del salón principal y de las alcobas de respeto, una extensa porción del espacio estaba ocupada por instalaciones de carácter agrícola que nos recuerdan el fuerte arraigo rural de sus propietarios. En concreto, sabemos que disponía de un gran lagar de sidra con mecanismo de palanca y contrapeso, con una longitud mínima de 10 metros. Tampoco descartamos que en esta planta, y también en la superior, hubiera galerías de madera en voladizo en la fachada meridional, que actuarían más como secaderos agrícolas que como logias de paseo. El piso alto, sin duda, se dedicó preferentemente a granero y espacio de almacenaje.

No sabemos con qué asiduidad residieron en el palacio de Zaldibar los descendientes inmediatos de Pedro Ruiz. Su hijo Fernando y su nieto Pedro casaron tan bien o mejor que él mismo, con mujeres de las mejores familias de la región y heredaron los patronazgos eclesiásticos y los derechos y preeminencias del prebostazgo de Ermua, que fueron incrementando con las dotes de sus respectivas esposas. En 1586 su bisnieto, Fernando Hurtado de Zaldibar casó con Isabel de Lobiano, la heredera más rica de Ermua, y ambos unieron sus patrimonios, dedicándose desde ese momento a vivir de las rentas, eligiendo el bellissimo palacio urbano de Lobiano como domicilio conyugal y abandonando para siempre la residencia en la casa matriz de Zaldibar, que inició una rápida decadencia.



Enrique IV

La casa del rentista ausente

A mediados del siglo XVII el palacio de Zaldibar debía de presentar un aspecto deplorable. Lo ocupaba en alquiler el administrador de las rentas agrícolas de la familia, pero no había realizado ninguna obra de mantenimiento, por lo que el tejado estaba a punto de colapsar y las galerías de madera exteriores corrían riesgo de ruina. Entonces ostentaba la propiedad del inmueble Ana María Hurtado de Zaldibar Loviano y Mallea (1593-1660), una de las hijas de Fernando Hurtado e Isabel.

Ana María, recién enviudada de su esposo, el poderoso *jauntxo* de Markina Gonzalo de Ugarte que además de su extenso patrimonio heredado había desempeñado el cargo de Diputado General del Señorío de Bizkaia, decidió en su madurez volver la mirada a las posesiones de

su propio tronco familiar que formaban el núcleo matriz de su dote de boda. Entre ellas destacaba el decadente palacio de Zaldibar y Ana María, entristecida por su aspecto, fue la responsable y promotora de su última revitalización. Esta vez no con aspiraciones de suntuosidad y ostentación social, sino sólo para desempeñar correctamente las funciones de centro de recaudación y almacenamiento de las rentas en especie que generaban sus muchas posesiones rurales.

Encargó la obra en 1656 al "*Maestro San Juan de Uriçar, vezino de la villa de Marquina, maestro arquiteto de fábricas y obras y ediffijos de casas.*

Y dijeron que están conbenidos y concertados de que el dicho maestro San Juan había de redificar y haçer los reparos útiles y necesarios así de texados, quitando las sacas de alrededor de la casa y torre de Zaldívar, quedando la carga de los texados a plomo sobre las paredes.

Y se ha de haçer la zerradura de calicanto mampostería hacia a la parte de mediodía sobre la que está hecha en altura de diez pies poco más o menos y el resto hasta el texado de ladrillo media asta en todo el lienço de la pared.

Y hazia la parte del oriente, sobre la pared questa hecha, también se ha de zerrar de ladrillo hasta el texado de media asta. Y la escalera de piedra questá dentro de la casa y torre se ha de deshaçer y poner bien asentados los pasos porque están desechos, y se ha de haçer la dicha escalera con su descanso y mesa hasta el suelo y vivienda del segundo suelo. Y desde el descanso citado de suso hasta arriba del segundo suelo se ha de haçer de tabla.

Y se han de echar algunos pedaços de suelos y en el lagar se ha de cortar la biga y se ha de poner con dos husos, reparando el suelo de ellos".

Este que se describe con tanto detalle en las condiciones de obra es el caserón de Zaldibar que se mantuvo en pie hasta mediados del siglo XX. El mismo que aparece en las viejas tarjetas postales en blanco y negro que enviaban a sus amigos los agüistas del vecino balneario de Zaldibar, rotulado como típico "Caserío vasco", cuando ni era tipológicamente un caserío, ni se parecía a ninguna otra construcción de Bizkaia o del resto de Euskal Herria.

El maestro San Juan de Urizar Zabala era uno de los profesionales más dotados de su generación, pero este encargo de su señora y protectora, la viuda de Ugarte, no le daba ninguna ocasión al lucimiento. Era una obra austera, barata y funcional, para la que eligió el ladrillo como el material más moderno y accesible con el que completar en paños de entramado el alzado del palacio que no había resistido a la



incuria y el paso del tiempo. También de ladrillo y madera debieron de ser los tabicajes de modulación del espacio interior, en el que destacan dos intervenciones puntuales de especial relevancia: una fue el replanteamiento de la vieja escalera, cuyas trazas aún son reconocibles, y el otro, completamente desaparecido, fue la sustitución tecnológica del viejo lagar de viga de presión indirecta por una nueva prensa de sidra más avanzada de presión directa, con dos tornillos de madera o husillos.

Durante los siglos XVIII y XIX el palacio llevó una existencia lánguida, con visitas muy esporádicas de sus propietarios absentistas y convirtiéndose progresivamente en un caserío, imponente en su tamaño, pero destartalado en su conservación.

Nuevos enlaces matrimoniales, siempre en progresivo ascenso social y buscando la máxima concentración de propiedades en un solo heredero privilegiado, llevaron a la casa de los Zaldibar a integrarse en el inmenso patrimonio inmobiliario que administraba el Conde de Peñafloresta, probablemente el mayor propietario rural vasco del Antiguo Régimen, quien percibía una renta anual de 10 fanegas de trigo, 10 fanegas de maíz y 5 cabezas de ganado mayor del inquilino arrendatario del viejo caserón.

Por partición de los bienes de la herencia de Víctor María de Munibe, el XI Conde de Peñafloresta, el palacio de Zaldibar pasó a manos de sus sobrinos los Gortazar; en concreto a Ángela de Gortázar y Munibe, desde 1876 hasta 1922, año en que lo traspasaron a la Diputación





de Bizkaia, despreciando los cuidados que reclamaba de manera perentoria. Sólo en 1945, tras la Guerra Civil, se refuerza la planta baja del palacio con una estructura de hormigón, pero esta intervención no fue suficiente para detener el galopante proceso de ruina.

El 4 de mayo de 1961 se derrumban la cubierta y las paredes de ladrillo de la torre. Finalmente, ante el peligro para la población, en octubre del mismo año el ayuntamiento ordena el derribo de todas las partes en riesgo de caída.

Las ruinas del palacio Zaldibar, son en la actualidad propiedad de Osakidetza desde 1985, justo cuando la histórica casa parece haber entrado en su fase terminal. A día de hoy, sólo el ayuntamiento parece ser consciente de su importancia y promueve el vallado, limpieza y

estudio de los restos del que fue uno de los monumentos más notables de Bizkaia: la casa del hombre malo de Zaldibar.

Dolores del Monte y Alberto Santana

Historiadores